

CAPÍTULO XI

TRIUNFO DEL CATOLICISMO.—LOS SANTOS PADRES

Habían dejado los primeros emperadores cristianos subsistir el antiguo culto al lado del nuevo, por contemplaciones á una multitud de gentes que les guardaban fidelidad y porque las revoluciones destinadas á cambiar la faz del mundo no se operan de un solo golpe. Todavía los ritos paganos eran considerados como nacionales ó se les denominaba de este modo. Sacrificaban los pontífices en nombre del género humano; en los discursos dirigidos á los emperadores se hacían no solo alusiones oratorias á las antiguas divinidades, sino también invocaciones y augurios. Aun se veía elevada sobre el altar en medio de la curia Julia, donde se reunía el Senado, la estatua de la Victoria arrancada á los tarentinos, y adornada por Augusto con los despojos de Egipto; antes de entrar en sesión quemaban los senadores delante de ella algunos granos de incienso, jurando fidelidad al emperador (pág. 405).

Paganismo.—Numerosas inscripciones atestiguan que las provincias estaban aun firmemente adheridas al antiguo culto, en atención á que dirigidos más bien por el hábito que por el raciocinio, obedecían menos á creencias que á impresiones. En Italia encontramos muchos vestigios de esta persistencia, y más todavía en las Galias, donde el culto de los druidas se mezclaba á las religiones germánicas y á la que había sido importada de Grecia. Ignoramos cómo y por qué causa cobró nueva vida el druidismo, pero la historia nos ha conservado el nombre del archidruida Merlin, que después de haber llenado á principios del siglo V con sus profecías las selvas de la Bretaña continental y de la isleña, fué considerado después de su muerte como un ser misterioso, como un profeta, como un mago, y figuró como tal en las

novelas de la Edad Media (1). Olvidando la Germania cada vez más á Odin, había aceptado algunos de los dioses de Olimpo; pero el vulgo se obstinaba aun en su adoración respecto de las potestades naturales. Santiago el mayor y el centurión Cornelio pasan por haber enarbolado en la península ibérica el estandarte de la fe; pero si fué así, no resultó de ello la extinción del antiguo culto llevado por los pelasgos, mezclado con el de los fenicios y el de los cartagineses, sin que hubiera reducido el todo á la unidad la fuerza romana. Con efecto, hallamos en las inscripciones trece dioses diferentes (2), ora indígenas ó así llamados, en la lengua cántabra, los de los conquistadores. Mucho crédito gozaba el arte adivinatorio entre los vascos; y el concilio de Elvira (306) nos da testimonio de un gran número de apostasías, prohibiendo aceptar las dignidades del paganismo, asistir á sus fiestas, dar trajes ó flores para las solemnidades y dinero para las imágenes.

También se adoraban en Africa las divinidades del país y las púnicas, á pesar de los ilustres doctores de aquel territorio, y al mismo tiempo que el vulgo conservaba sus inhumanas supersticiones, continuaban adictas á ellas las personas instruidas como á un símbolo de la civilización, entonces floreciente en aquellas comarcas. Máximo, sabio

(1) TANNER, *Bibl. britann. Hibern.*, pág. 522. Véase HERSART DE VILLEMARQUÉ, *Merlin el encantador*. París, 1861.

(2) Rauveana; Bandiar ó Bandua; Barieco; Navi; Idonorio; Sutunio; Viaco; Ipsisto; dioses Lugores; Togotis; Sallambon; Neton; Neci ó Netaces; Endovelico. Véase MASEU, *Hist. de España*, tom. VIII.

gramático de Medaura, quejándose á San Agustín de la preferencia otorgada á oscuros mártires sobre los antiguos dioses del mundo, y queriendo dar una explicación racional del politeísmo se explica en esta forma: «Existe un Dios supremo sin principio ni fin como padre omnipotente de la naturaleza: ¿hay alguno tan desprovisto de razón y tan ciego que no pueda reconocerle con certidumbre? Ahora bien, las virtudes de este Dios, derramadas en las obras de la creación, son invocadas por nosotros bajo diferentes nombres porque ignoramos los que le convienen verdaderamente.»

Al lado de este filósofo religioso pondremos un devoto, probablemente sacerdote, que interrogado por San Agustín respecto de sus creencias, se las exponía con una veneración tímida haciendo remontar á Trismegisto y á Orfeo su doctrina, que consistía en aproximarse á Dios exaltando y purificando su alma. En su concepto la piedad, la pureza, la justicia, se elevan bajo la protección de los dioses secundarios hacia el Dios universal inefable, cuyas virtudes son denominadas ángeles por los cristianos. A mayor abundamiento designando generalmente los idólatras de Africa á los fieles con el nombre de romanos parecían confundir la causa de la religión con la de la nacionalidad.

Continuaba Persia manteniendo el fuego sagrado; y San Basilio (3) nos enseña que muchos magos se habían derramado por Levante con particulares usos, viviendo aislados de los demás hombres, sin libros ni doctores, teniendo horror á matar animales; considerando como Dios al fuego, y como fundador de su nación á Zernova.

Tampoco se había distinguido el gentilismo en las provincias orientales del imperio, aun cuando la aristocracia, sostén del politeísmo, tuviera allí menos poder que en Roma, y estuviera menos enlazada con las instituciones.

Pero faltó el paganismo de cohesión y de unidad de símbolo, ¿podía oponer aquella resistencia que nace del convencimiento? Al paso que se advierte entre los cristianos tanto fervor así en las obras como en los escritos, parece como si durmieran los paganos; hablan como pudieran haberlo hecho tres siglos antes (4), sin apercibirse de que no son más que cadáveres los dioses cantados por ellas con arcádica fe y de que la sociedad que habían descrito como viva no era ya más que una sombra.

Paganos ilustres.—A pesar de todo esto no faltaban personas en las escuelas para defender las ideas antiguas, ni en la sociedad para declararse sus decididos campeones. Entre otros citaremos á Vetio Agorio Pretextato, jefe de la piedad pagana, en cuya biblioteca hace Macrobio que se congre-

guen los interlocutores de sus *Saturnales*, para rendirle testimonio de un respeto muy cercano á la veneración. Había reunido entorno suyo los más ilustres restos del paganismo; y cuando era procónsul de Acaya hizo conservar á la Grecia el derecho de celebrar las ceremonias nocturnas del culto helénico, especialmente los misterios de Eleusis. Enseguida se le disputó cerca de Valentiniano á fin de obtener que cesara de perseguir á los augures. Gozó de grande estimación durante su vida; erigióronse dos estatuas después de su muerte por los emperadores y una por las vestales (5).

Macrobio.—Macrobio le hace defender noblemente á los esclavos contra un tal Evangelio, diciendo que éstos están formados de los mismos elementos que nosotros, que reciben su espíritu del mismo principio, que viven y mueren de igual modo, que están también sometidos á las vicisitudes de la fortuna; que uno puede ser esclavo de cuerpo y libérrimo de alma, mientras los libres son esclavos de las pasiones; que los hombres se distinguen por sus costumbres, por su hábito ó condición; y en fin, le hace exponer el modo de hacerse amar de los esclavos (6).

Simaco.—Estuvo en correspondencia seguida de cartas amistosas con Anicio Simaco, natural de Roma, á quien Libanio había inspirado su predilección por el paganismo y la esperanza de restablecerlo. Hijo del Prefecto de Roma fué pontífice, cuestor, pretor, gobernador de la Campania y el Abruzzo, procónsul en Africa, después prefecto en Roma, y por último cónsul (391). Habiendo tomado partido por Máximo se refugió, cuando fué vencido, en una iglesia de aquellos cristianos á quienes había combatido, y debió su perdón á la intervención del papa Liberio. Asociado á los pontífices manifestó enérgico celo, lamentándose que gran número de ellos descuidaran sus deberes sagrados y aspiraran á ser bien quistos del jefe del Estado. ¡Singular ceguera! en medio de tan inmensa revolución habla de la religión de la patria, como si nunca se hubiera tratado de abolirla y escribe á Pretextato: «¡Cuán afligido estoy de que después de multiplicados sacrificios no se haya expiado aun públicamente el funesto presagio de Esopo! Apenas se ha mostrado propicio Júpiter á la cuarta mactación; y no nos ha sido posible ni aun á la undécima satisfacer á la Fortuna pública. ¡Piensa en qué país estamos! Se trata ahora de reunir á

(5) Véase GRUTTER, pág. 310, núm. 1. Al pie de una estatua erigida en 387, se lee: *pontifex Vestis, pontifex Solis, quindécim vir, augur, tauroboliatas, neocorus, hierofanta et pater sacrorum*; GRUTTER, pág. 1102, núm. II. En un altar descubierto á fines del último siglo, se le añaden los títulos de *curialis Herculis, sacratus Libero et Eleusinis, neocorus pater patrum*; DONAT. *Suppl. al Muratori*, tom. I, pág. 72, núm. II. *Pater sacrorum* y *pater patrum* se refieren al culto de Mitra.

(6) *Saturn.*, I.

(3) *Ep.* 325 á Epifanio.

(4) Ansonio, Claudiano, Eutropio, Aurelio, Victor, Amiano, Marcelino, Avieno, Lucilio, Macrobio, Vegetio, Servio, etc.

nuestros colegas en asamblea, y te informaré con oportunidad si llegó á encontrar algún remedio divino (7).» Conjura con singular contricción á los que descuidan sus ceremonias (8), exhorta á las vestales á conservar cuidadosamente su disciplina; pide el castigo de una de ellas que había violado su voto (9), y hace toda clase de esfuerzos para conservar al paganismo su política importancia.

Tal era en efecto el único objeto de sus defensores en Occidente, donde no se hallará una sola escuela regularmente establecida como las de Atenas para mantener, con ayuda de una *cadena de oro* de iniciados, la fe en las difuntas inmortalidades y en las doctrinas teúrgicas asociadas al neoplatonismo. Solo los maestros de las diversas escuelas de Roma, Milán, Burdeos, Tréveris, Tolosa, Narbona, divulgaban todavía las fábulas paganas, haciendo admirar las bellezas de los antiguos autores; y cuando uno de ellos (Eugenio) llegó al trono por un capricho de la fortuna, acudió en socorro de la idolatría, reedificó el altar de la Victoria, colocó la estatua de Júpiter Olímpico en el paso de los Alpes Julios (10), y enarboló la imagen de Hércules al frente de sus legiones.

La existencia de estos paganos fervientes nos demuestra que el cristianismo triunfante se había abstenido de las persecuciones que había padecido á su nacimiento. Pretextato y Simaco, haciendo abierta profesión de gentilismo, llegaron á las más altas dignidades; y, ni Libanio ni sus discípulos se vieron obligados á mudar de fe ni á disimular la suya. Eunapio y Zósimo escribieron historias en sentido hostil al cristianismo; y los sofistas hacían oír sus quejas con tanta libertad como fuerza, porque, según ellos, las tinieblas habían cubierto el Capitolio.

Entre tanto el número de cristianos se había acrecentado de tal modo á favor de la tolerancia, que ya no había necesidad de tantas contemplaciones respecto del partido vencido. Ya no se reclutaban solamente en las clases inferiores de la sociedad, sino entre la flor y nata de los ciudadanos (11), y habían adquirido crédito y poderío. Hasta la misma persecución teatral de Juliano, comprimiendo un instante la libre manifestación de los sentimientos por las formas exteriores del culto, añadió mucho á la fuerza de expansión que saca de los obstáculos una buena causa; el fácil triunfo del cristianismo sobre la vana reaparición de los ídolos de Grecia, aumentó la potestad de los obispos, á quienes se vió dispuestos cual otros

(7) Ep. 43 del lib. I.

(8) *Dii patrii, facite gratiam neglectorum sacrorum,*

II, 7.

(9) Ep. IX, 118, 119.

(10) AGUSTÍN. *Ciudad de Dios.*

(11) *Sexcentas numerare domos de sanguine prisco*

Nobilium licet, ad Christi piacula versas.

PRUDENCIO, V, 567.

tantos capitanes, no solo á propagar el cristianismo, sino también á combatir al politeísmo, y demandar á grandes voces que la sociedad rompiera definitivamente los vínculos que la encadenaban á la idolatría.

A pesar de todo, nunca había dejado de ser perturbada la Iglesia en lo interior por los arrianos, cuyas distinciones acerca de la naturaleza del hijo de Dios, habían hallado á los emperadores unas veces propicios y adversos otras, según las personas que les rodeaban. Constantinopla era la sede principal del arrianismo, donde, sostenido por los príncipes y por los patriarcas, ejercitaba en los círculos la locuacidad de las personas á la moda, como hubiera podido hacerlo una noticia reciente. No es nuestro intento enumerar los diversos medios por donde llegó á propagarse; pero si se medita en que aplicando nuestra religión inmediatamente las discusiones dogmáticas á la práctica y á la salvación eterna, reclama la más perfecta armonía hasta sobre los puntos que al parecer son meramente especulativos, se comprenderá cuanta confusión debió nacer en el momento en que el rebaño de Cristo se halló dividido. Viéronse en todas partes obispos en oposición unos con otros, no solo lanzarse las reprobaciones eclesiásticas, sino también aspirar á producir su pérdida mútua, ora en la opinión de los fieles, ora en la de los gobernantes. Estos colocaban en las sedes vacantes, no á los de más mérito, sino á los que participaban de su propia creencia; se veía al pueblo elegir otros, ó reunirse en los campos desertando de las iglesias; si querían intervenir los magistrados encontraban resistencia; y de aquí resultaban violencias, condenas, homicidios.

Los Santos Padres.—En tanto se cubrían de nueva gloria los estandartes del cristianismo aun militante; y los Santos Padres, que constituyen la nueva literatura, no la acostumbaban á la imitación, ni á resucitar una sociedad que había dejado de existir, ó un ideal que no había existido nunca, sino que la dedicaban á lo presente, á la actualidad; de modo que la literatura representó las ideas sociales más avanzadas, es decir, las religiosas.

Al principio los Santos Padres no hacían más que enseñar el dogma tal como le habían recibido de los Apóstoles, y no siendo contradichos porque no eran escuchados por los doctos, no tenían necesidad de combatir. Pero pronto los pensadores á pesar suyo se vieron obligados á conocer su existencia, y sino á otra cosa, á vituperarlos; y entonces principiaron los padres á defender los dogmas contra los gentiles y los filósofos, comparándolos con las doctrinas antiguas para hacer ver cuán inferiores y menos conformes á la razón eran éstas. Y no se limitaban á la defensa, sino que probaban la verdad de la doctrina cristiana con poderosas razones, con los milagros, con las profecías, emitiendo ideas profundas y nuevas sobre la naturaleza de Dios y la del hombre. Así combatían con la lógica y la historia al paganismo y á la

filosofía y hablaban á los omnipotentes emperadores con noble y desconocida libertad.

Al principio argumentaban según la razón y según los clásicos, aunque se apoyaban en la Biblia; pero pronto depusieron las armas que habían tomado de los arsenales de los enemigos, y llenos de fe y de ciencia nueva penetraron en los abismos de la doctrina, sondeando sus partes vitales con explicaciones y comentarios. Con los gentiles tenían que disputar sobre la verdad del cristianismo: pero respecto de los herejes que admitían los libros sagrados y usaban el nombre de nuestro Dios, la impugnación debía recaer sobre las interpretaciones. Naturalmente nacían de aquí divergencias; pero de ellas salían nuevas luces y nuevos puntos de vista, cuya reunión llegó á constituir la gran síntesis cristiana.

Fácilmente caerá en el error el que no considere estas diferentes fases de la controversia, en las cuales no siendo el fin opuesto sino diverso, y siendo distinto el enemigo que había que combatir, la exposición y el intento eran no contradictorios sino diferentes. El que sitúa una ciudad, tira líneas, construye trincheras, levanta parapetos que después de tomada la fortaleza se apresurará el mismo á destruir.

Lo que parece, pues, á algunos el modo más fácil de resolver las controversias cristianas, es decir, el referirse simple y únicamente á la creencia de los primeros siglos, ofrece grandes dificultades, atendido á que la Iglesia, consecuente consigo misma en la fe, desarrolló las verdades de que era depositaria y las expuso cada vez con mayor precisión. Los Santos Padres no hablaron de una infinidad de cuestiones ó las expresaron imperfectamente y aún mal, como sucede siempre con las que no se han puesto aún en discusión, y cuando no se cree necesario el rigor en las expresiones de que aún no se ha abusado.

Desde San Atanasio hasta San Agustín, una sucesión de hombres superiores imprimió un movimiento prodigioso á los espíritus en toda la extensión del mundo romano, y á las opiniones entre todos los hombres. Merced á estos varones el Occidente eleva un nuevo poder con otra fuerza que la espada; despertada la Grecia del letargo de la conquista, ya no se contenta con recuerdos; y abriéndose otras vías que las de la lisonja respecto de los poderosos, ó de las sutilezas dirigidas á oscurecer la razón, torna á dirigirse al pueblo, no ya para excitar sus pasiones y fomentar sus odios, sino para enseñarle la verdad y encaminarle hacia el bien.

San Atanasio.—Atanasio, cuyas acciones conocemos ya, satisfecho con creer, no hubiera escrito si la necesidad de la Iglesia no le hubiese obligado á ello. Y en efecto, los primeros autores eclesiásticos no se dedicaban á una obra por curiosidad de saber ó como un ejercicio de lógica y retórica, ni tampoco para hacer una simple exposición, sino para convencer, instruir y refutar. No se encuentra,

pues, en los escritos de Atanasio grande elocuencia, siendo su objeto vencer, no agradar, ni una exposición completa de la fe ó una refutación artificiosa de las herejías, sino algún punto del dogma que enseña en relación con la esencia del cristianismo. En el libro que trata de los concilios de Seleucia y de Rímini pone de manifiesto la instabilidad de los arrianos, anticipando el argumento que después empleó insignientemente Bossuet en la *Historia de las variaciones*. Repite que lo mejor es creer absolutamente en la palabra de Dios, y que es una locura querer salir fuera de la razón con la razón humana. No aniquilaba la razón; pero la dejaba reducida á demostrar la coherencia de las ideas, á quitar las dificultades, y á interpretar los pasajes particulares conforme á la razón universal. Y por último, convencido de que á todo sirve de complemento la virtud, dice: «Así como el que quiere ver la luz del sol debe limpiarse los ojos, del mismo modo el que quiere comprender el sentido de los sábios de Dios debe purificar su alma.» (12)

San Juan Crisóstomo, 344-407.—Juan Crisóstomo (*pijo de oro*) nacido en Antioquía de una familia ilustre, tuvo pocos rivales en celo y ninguno en elocuencia. Era discípulo de Libanio, quien decía con un pesar exento de envidia al admirar sus talentos oratorios: *A él hubiera yo eucomendado mi escuela, si no nos le hubieran arrebatado los cristianos*. Tomando hastío á las vanidades de los retóricos y á las bachillerías del foro, Juan se dedicó á las letras y á la vida solitaria. «Cuando mi madre supo, dice, que había yo resuelto retirarme del mundo, me cogió por la mano, me condujo á su aposento, y habiéndome hecho sentar á su lado sobre el lecho en que me había dado la vida, se puso á llorar y luego me dijo cosas más tristes que las lágrimas.» Con efecto, después de recordarle las penas y los peligros de una joven viuda entregada á la debilidad de su sexo y de su edad, añadió: «Hijo mío, en medio de estas miserias mi único consuelo fué verte continuamente y contemplar en tus facciones la fiel imagen de mi pobre marido. Este consuelo empezó para mí desde tu más tierna edad cuando apenas sabías deletrear las palabras con que regocijan los niños el corazón de sus padres. No he disminuido tu herencia como á muchos huérfanos les acontece; sin embargo, nada he descuidado de cuanto convenía á tu condición, poniendo hasta de lo mío. No lo digo para echártelo en cara, sino para que no me desampares en otra nueva viudez, es gracia que te pido. Queda á los jóvenes la esperanza de llegar á una edad avanzada; nosotros los viejos no podemos esperar más que la muerte. Aguarda á lo menos, hijo mío, el día de mi muerte que no está muy lejano. Luego que me hayas sepultado, uniendo mis cenizas á las de tu padre, puedes emprender

(12) *De incarnat.*

largos viajes y hasta cruzar los mares; nadie te lo estorbará entonces. Pero mientras yo respire, tolera mi presencia, no te cause fastidio vivir en mi compañía, ni provoques la indignación de Dios haciéndome infortunada, á mí que en nada te he ofendido.»

El hijo que nos ha conservado estas palabras, en que se pinta el corazón de una madre, debía de ser muy capaz de sentirlas; pero una voz más imperiosa que la de los afectos humanos le llamaba á los combates del Señor. Renunciando no obstante á la idea de un viaje lejano, se retiró á las soledades que la religión sabía crearse en las inmediaciones de la ruidosa Antioquía. Allí escribió en defensa y alabanza de la vida solitaria, llegando á sostener que un monje con su filosofía cristiana es superior á un príncipe rodeado de fausto.

Vibrando en sus oídos el rumor de que se le quería consagrar sacerdote del mismo modo que á Basilio, su más caro amigo, no se creyó en estado de soportar semejante carga; pero, como no quería disuadir á Basilio, se escondió sin decirle una palabra. Ordenado éste de sacerdote á pesar suyo, se lamentó de la conducta de aquel como de un fraude y de una mentira. Para disculparse Crisóstomo compuso el *Tratado del sacerdocio*, una de sus más notables obras, en que, remontándose desde su apología personal á la importancia general del ministerio sagrado, expone lo que siente sobre su excelencia, y sobre los deberes que arrastra consigo (13). Mientras que por una parte la ambición intrigaba y buscaba apoyo para con el príncipe por medio de parciales suyos y á veces hasta de la calumnia, se veía por otra una humildad excesiva rehusando los honores del sacerdocio. Ambrosio, Basilio, Agustín, recibieron esta investidura contra su gusto; hubo necesidad de amenazar á Gaudencio con la excomunión para obligarle á admitir el obispado de Brescia. A fin de libertarse de este honor se mutilaban los solitarios, y en Africa fué preciso recurrir á la amenaza de un castigo contra los clérigos que por humildad se negaban á ser ordenados.

A pesar de todo Juan no pudo evitar que le ordenara el obispo Flaviano. Consagrándose entonces al ministerio de la palabra, comenzó la carrera de sus ilustres trabajos, que nos han valido sus numerosos discursos sobre la moral ó contra los herejes, aquellos en que alaba y aquellos en que consuela. Muchas veces predicaba á la semana, por las mañanas antes de los santos oficios, á veces hasta antes del alba para no apartar al pueblo de sus ocupaciones; y por la noche durante la cuaresma. Acudían los judíos y los gentiles, no menos que los cristianos, en tan inmenso tropel para oírle, que se lamen-

(13) Conviene no obstante leer con mucha circunspección y comparar el resto de su doctrina con el primer libro, en que sostiene que se puede emplear la astucia cuando el fin es bueno.

taba de ello (14) y se esforzaba por reprimir los aplausos que estallaban á cada momento. Generalmente predicaba sin prepararse, abandonándose á su inspiración: «Me extendía con una proligidad desmesurada y acaso sin ejemplo, no pudiendo dominar el fervor de mi alma, cuyos ímpetus acompañaban á mis palabras. Pero vuestra es la culpa, que con vuestros aplausos y vuestras aclamaciones extraordinarias me obligais á extraviarme. Así como la llama del orno no es en un principio viva y luminosa, pero inmediatamente que se abre paso á través de las materias combustibles, se eleva, huye y brilla fulgurante; de igual manera, aumentando el celo con la afluencia y la ansiedad creciente de continuo de mis oyentes, excedía á todo límite; y el agrado de que dabais testimonio atendiendo á mis palabras, fué causa de que me abandonase á la riqueza del asunto» (15).

Como se le exhortase á hablar contra los paganos respondió de este modo: *No lo haré hasta que no haya que convertir ya más cristianos*. Manifestaba respecto de estos un amor ardiente y desinteresado. «Vosotros sois para mí, padre, madre, hermanos, hijos, todo: y no experimento gozo ni pesar, sino por lo que os atañe. Aún cuando no tuviera que dar cuenta de vuestras almas, no me desconsolaría menos veros perdidos: así como un padre no puede consolarse de la pérdida de un hijo con el pensamiento de haber hecho todo lo posible por salvarle. El objeto más vivo de mis solicitudes y de mis temores no es verme justificado un día ó aparecer como delincuente ante el tribunal temible, sino estar cierto de que todos os habeis salvado, todos sin excepción ninguna, y de que sois felices para siempre. Esto es necesario, esto basta para mi ventura. Acúsemse la justicia divina de no haber desempeñado mi ministerio como debía, con tal de que nada tenga que echarme en cara mi conciencia. Dado que os salveis ¿qué me importa el medio? El que se sorprendiera oyéndome hablar de este modo probaría que ignora lo que significa ser padre» (16).

Decía á los ricos: «¿Por qué tenéis tan alta opinión de vosotros y creéis hacernos un favor cuando venís á este lugar á oír lo que aprovecha á vuestra salvación? ¿Acaso porque tenéis riquezas y trajes de seda? ¿No sabéis que esa seda ha sido hilada por gusanos, tejida por los bárbaros, y traída por ladrones, sacrilegos y cortesanos? Dad tregua á esa arrogancia, considerad la bajeza de vuestra naturaleza; sois polvo, ceniza y humo: mandais á muchos, pero sois esclavos de vuestras pasiones.»

Recomendaba á los sacerdotes un activo celo; no quería que frecuentaran las mesas de las personas ricas, ni que tuvieran en sus casas hermanas

(14) Dice el mismo (*homil. LIX*) que tenía á veces cinco mil oyentes.

(15) *Que los demonios no gobiernan el mundo.*

(16) *Homilía III in Acta.*

agapetas bajo el pretexto de mantenerlas, si eran pobres, y de dirigirlas cuando eran opulentas. Exhortaba á las vírgenes á no hacer consistir la pureza sólo en evitar las culpas groseras, sin renunciar por esto á vivir en el mundo, y á las viudas que se conducían de una manera poco conveniente, á ayunar y abstenerse de los baños, de las superficialidades, á contraer segundas nupcias más bien que vivir ociosas, no ocupándose más que de satisfacer su curiosidad y de bachillerías. Hubiera deseado que cada cual hubiese tenido un pequeño hospital dentro de su casa, y que los cien mil cristianos que moraban en Constantinopla hubieran empleado juntos su oro en socorrer á los cincuenta mil pobres próximamente que se hallaban en su recinto, medio seguro para que no quedara un solo pagano. Reprobaba especialmente la pasión immoderada del pueblo de aquella ciudad al circo y al teatro. Antioquía oía clamar su elocuente boca contra el fausto que no había abandonado con el paganismo, contra los palacios de pórvido y de cedro, las dispendiosas luchas del circo, la comitiva de eunucos que llevaban en pos las damas. Anatematizaba la presunción de los filósofos, que abyectos en demasía, se paseaban á lo largo de los pórticos, llevando el manto, el bastón y la barba larga; y la superstición que empujaba á aquellos mismos que se habían convertido á la verdad, á consultar todavía á los augures y á los adivinos, á llevar amuletos, á conservar miles de esclavos, de quienes abusaban sin piedad según el antiguo uso.

Acudían todos á porfía á oír sus reconvenientes, prodigándole cual si estuvieran en el teatro profanos aplausos; pero se abandonaba con presteza la sagrada cena para acudir á las carreras y á las diversiones.

Crisóstomo procuraba enderezar aquella sed ávida de placeres á la caridad, que era en su sentir como un puerto que acoge á todos los naufragos, de cualquier país que sean procedentes: apetecía que se imitara á Abraham dando hospitalidad á los tres viajeros sin preguntarles quienes eran, por bastarle la recomendación del infortunio: debemos, decía, honrar en el infortunado su naturaleza de hombre, no el mérito de sus acciones y de su fe (17). Llamado á la sede de Constantinopla, reformó las iglesias que dependían de ella, y se esforzó por traer de nuevo los disidentes á las doctrinas ortodoxas.

San Gregorio Nacianceno, 328-389. — Gregorio Nacianceno, era hijo del obispo de Nacianzo ó Diocesarea Apasionado por el estudio desde su infancia, fué enviado á Cesárea de Palestina y á Alejandría, para aprender allí retórica, y luego para perfeccionarse á Atenas, que conservaba, en la opinión á lo menos, la supremacía en punto á elocuencia.

San Basilio, 329-379. — Allí se encontró con Ba-

(17) *Obras*, t. V, pág. 51.

silio, el primogénito de diez hermanos, de los cuales uno era Pedro, obispo de Sebaste, y otro Gregorio, obispo de Nisa. Desde el Ponto, donde se habían salvado de la persecución sus abuelos (18) fué enviado Basilio á seguir sus estudios á Cesárea, luego á Constantinopla y por último á Atenas. Allí manifestó en la flor de su edad una madurez viril, reprobando la ligereza licenciosa de los ciudadanos y los desórdenes de los estudiantes, que en todo el ardor de una juventud, ávida de admiración y de sabiduría, buscaban la verdad con inquietud, la defendían con fanatismo, y combatían en favor de sus maestros, como los fieles en favor de sus prelados, como el pueblo en favor de los cocheros del circo. «En Atenas, dice San Gregorio Nacianceno, se parecen las escuelas á ruidosos anfiteatros, donde veis á los espectadores, apasionados por los caballos, agitarse, levantar polvo, y mover las manos para seguir desde su silla los movimientos de los cocheros, aturdir los aires con sus gritos, alargar los dedos como para prolongar el aliento de los corceles; y aunque permanecen á distancia realzar á éste, deprimir á aquel, cambiar escuderos y límites y directores de la liza. ¿Y quién hace todo esto? Una turba de ociosos que no tiene con qué vivir un sólo día. Tales son los estudiantes de Atenas con sus maestros y con los émulos de estos. Una vez que han adoptado una escuela, afanosos para aumentar el número de discípulos y de los provechos del maestro en virtud de los medios más contrarios á la razón y al decoro, acupan las puertas, las calles, los campos, todos los caminos por donde se llega de la provincia, y apenas pone el pié en el Atica un mancebo, está á discreción del primero que se apodera de su persona. Es la escena medio seria y medio festiva. Se empieza por llevarle á la casa de algún amigo, ó á la del sofista favorito; allí llueven sobre él argucias para humillar sus pretensiones: acredítase la fuerza de su talento y de su carácter en aquel asalto, según la educación que ha recibido. El que no está al corriente de esta costumbre, se asusta ó se ofende: el que tiene conocimiento de ella, se divierte por superar en mucho las amenazas al daño. Enseguida se conduce al recién llegado al baño á través de la plaza pública, caminando de dos en dos: cuando la comitiva llega junto á aquel, prorrumpen juntos en un grito espantoso como poseídos de un furor repentino y se detienen á un mismo tiempo: entonces como si se negara el baño á ser

(18) «Estaban preparados y resueltos á sobrellevar todos los males á costa de los cuales corona Jesucristo á los que le imitan en sus padecimientos, si bien necesitaban una ocasión legítima, porque es una ley del martirio no exponerse voluntariamente á la lucha en consideración á los débiles, y por compasión á los perseguidores, no debiendo tampoco evitar el combate cuando se presenta. Sería temeridad en el primer caso, cobardía en el segundo.» SAN GREGORIO, *Oración fúnebre de San Basilio*.

abierto, golpean violentamente á la puerta para asustar al novicio. Cuando al fin se puede entrar es puesto en libertad, y á su salida se le considera como iniciado, tomando desde entonces entre sus discípulos el puesto que le corresponde.» (19)

Habiendo evitado Gregorio á Basilio esta indecorosa escena, resultó de aquí entre ellos una amistad de las más estrechas: «Llevados á Atenas (prosigue el primero) por Dios, por el deseo de la ciencia, como dos ríos que se reúnen después de un largo curso, continuemos con igual ardor un objeto extremadamente envidiado entre los hombres: la sabiduría; pero nos era desconocida la envidia. Nos disputábamos, no el honor de obtener la preeminencia, sino el de renunciarla. Cual si no hubiéramos tenido más que un alma en dos cuerpos, nuestra ocupación común era cultivar la virtud y vivir para las eternas esperanzas, aislándose en la tierra antes de abandonarla (20). Confundidos en medio de una multitud de jóvenes impedidos á los excesos por la edad y por las inclinaciones, pasábamos días tranquilos, semejantes á aquel manantial que, según se dice, conserva la pureza de las aguas en medio de las saladas olas (21). Nos aplicamos de mejor grado á las ciencias útiles que á las que son puro recreo, porque de aquí provienen las virtudes ó el libertinaje de los jóvenes (22). No conocíamos más que dos horas, la de la iglesia y la de los maestros.»

Basilio hizo grandes adelantos en la gramática, en la elocuencia, en la filosofía especulativa y práctica, en las sutilezas de la dialéctica, así como en astronomía, en geometría, en aritmética y en medicina. «Pero llegaba el día de la partida, aquel día en que los amigos se hablan por última vez, se juntan, se llaman, se abrazan y vierten llanto ¡Ay de mí! ¿Hay cosa más cruel y más amarga en el mundo para amigos, educados juntos en Atenas, que separarse y abandonar tan agradable estancia?» (23)

De regreso á su patria vaciló acerca de la elección de un estado. Como Elías y Juan era atraído al desierto encantado de la soledad; pero el aislamiento no le pareció propósito para el estudio de la divina Escritura y para las luminosas enseñanzas del Espíritu Santo. «Aquellos que se consagran á la vida activa son útiles para los demás, inútiles para sí mismos; se arrojan á mil dificultades, y turba la dulzura de su reposo una agitación continua. Aquellos que se segregan completamente de la sociedad viven más tranquilos, y pueden dirigir

(19) Oración fúnebre de San Basilio.

(20) Ídem.

(21) En el poema sobre su vida.

(22) Μαθημάτων δὲ οὐ τοῖς ἰδίοις πλέον ἢ τοῖς καλλίστοις ἐχάρουμεν: ἐπειδὴ καντεῦθεν ἐστίν, ἢ πρὸς ἀρετὴν τοποῦσθαι τοὺς νέους ἢ πρὸς καλίαν.

(23) Οὐδὲν γὰρ αὐτως οὐδενὶ λυπηρὸν, ὡς τοῖς ἐκείσε συννομοῖς, Ἀθῆνων καὶ ἀλλήλων τέμνεσθαι.

más contemplación su espíritu exento de cuidados, más no son buenos más que para sí mismos, y su vida es más triste que penosa. Escogí, pues, la vida intermedia, consagrándome á meditar con los unos y á ser útil con los otros.»

Después de abogar en algunas causas, preparación ordinaria de los que querían tener acceso á los empleos, se dedicó del todo á la práctica de la filosofía cristiana, y habiéndose hecho voluntariamente pobre, viajó para visitar á santos personajes, especialmente entre los que moraban las soledades de Egipto, de Siria y de la Mesopotamia con el fin de apoderarse del secreto de su austeridad y resuelto á imitarlos. Ya su hermana Macrina se había juntado á piadosas mujeres en Iborá en el Ponto para vivir en una igualdad perfecta, teniendo la misma cama, la misma mesa, la misma pobreza, meditando sobre las cosas del cielo y contando las alabanzas del esposo que habían elegido. Basilio se fijó en aquel contorno en un sitio silvestre, que gusta ver descrito con la sencillez de un alma virgen y las reminiscencias de la escuela. «Después de haber perdido, escribe á Gregorio, las esperanzas, ó más bien los ensueños que acariciaba respecto de su persona, porque la esperanza es el sueño del hombre despierto, me he dirigido al Ponto para buscar una existencia conveniente, y Dios ha permitido que halle un asilo en conformidad á mis inclinaciones. Me ha sido otorgado en realidad lo que imaginábamos á veces juntos. Es una alta montaña cubierta de espesos bosques, y regada al Norte por límpidos y frescos manantiales. A la falda se extiende una llanura fecundada por las aguas que allí descienden, y protegida por la selva con árboles de todas clases plantados al acaso. Por mucho que haya encomiado Homero la isla de Calipso, entiendo que sería muy poca cosa al lado de esta llanura. Divídise este lugar en dos valles, y despeñándose el río por un lado de las rocas, forma con su curso una barrera continua que sería difícil superar; por el otro cierra todo paso la cordillera de montañas que se comunica con el valle por tortuosos senderos. Somos dueños de la única entrada. Mi habitación está sobre la punta más avanzada de un altísimo peñasco, de manera, que todo el valle se desarrolla á mi vista, y puedo contemplar desde allí el curso del río, más grato para mí que el Estrimón para los habitantes de Anfípolis... ¿Qué podría decirse de las suaves exhalaciones de la tierra y de la frescura que sube del río? Otro admiraría la variedad de las flores, el canto de las aves, más yo no tengo espacio para fijar la atención en esto; lo que más me encanta es que este lugar, con la abundancia de todas las cosas, me brinda la tranquilidad, el más dulce de todos los bienes. No solo estoy exento del estruendo de las ciudades, sino que ni aun recibo viajeros, á excepción de cuando llega á reunirse algún cazador extraviado; porque hay caza, no de osos y de lobos, como en nuestras montañas, sino de rebaños de ciervos, de cabras

monteses, de liebres y otros animales semejantes. Perdóname haber buscado un refugio en este asilo. También Alcmeón se detuvo cuando halló las islas Equinades.»

Introdujo en aquellas ermitas la vida cenobítica, cuyas reglas trazó describiéndoselas á Gregorio; éste fué á juntarse así como otros muchos á quienes daba lecciones y ejemplo de piedad.

Gregorio y Basilio fueron después afiliados, á pesar suyo, en el sacerdocio en el momento en que combatida la iglesia por Juliano, comprendía más la necesidad de tener ministros celosos, instruidos y elocuentes. Durante el reinado de este príncipe, condiscípulo de ellos, permanecieron ocultos, menos por miedo á sus persecuciones que á sus halagos. Con efecto, empleó toda su sagacidad para arrastrar á sus errores á César, hermano de Gregorio, que tenía un empleo en la corte, y lo abandonó á instancias de su hermano, declarándose cristiano delante del emperador. Juliano no quiso, como él decía, proporcionarle los honores del martirio.

Hubiéranse consumido en la obscuridad de la vida monástica las virtudes y el talento de Basilio, si la caridad no le hubiera inducido á admitir el arzobispado de Cesárea en Capadocia, su patria (370). Allí conservó la pobreza, cualidad que iba ya haciéndose rara entre los prelados, y consagrándose completamente á los que padecían, inflexible en la fe, infatigable en la beneficencia, abrió un hospicio, que podía llamarse más bien una ciudad, para los extranjeros y para los menesterosos. Fundó talleres y escuelas y hermoseó á Cesárea, mientras él vivía de pan y de legumbres. Su caridad, que le valió el renombre de predicador de la limosna, se extendía á todos sin distinción de creencias, aunque la tolerancia no entibiaba su celo. Tan débil de cuerpo como vigoroso de espíritu, sobrellevaba vigorosamente la fatiga de las predicaciones continuas y de las visitas pastorales. Cuando se hizo cruel Valente á pretexto de castigar la magia, Basilio se opuso á sus delegados y, como uno de ellos le amenazase, le dió por respuesta: *¿Qué he de temer en este caso? ¿La pérdida de mis riquezas? sólo poseo mi vestidura y algunos libros: la muerte? sólo hago caso de la vida eterna: ¿el destierro? mi patria está donde quiera que se adora á Dios.* Haciéndole notar el gobernador que nadie le había hecho frente de aquel modo: *Consiste, dijo, en que todavía no habéis encontrado un obispo.* Cuando murió le lloraron judíos y gentiles no menos que los fieles como al padre común de todos, y fué tal la muchedumbre que asistió á sus funerales, que algunos murieron allí ahogados.

Había conferido el obispado de Sasima á Gregorio, el cual, santo, si bien hombre, mostró descontento al verse confinado á una pobre aldeá, cuando hubiera podido ejercitar su celo y su sabiduría en más brillante teatro; pero, habiendo muerto poco tiempo después su padre (376), obtuvo el obispado de Nacianzo y pasados algunos meses,

fué llamado á la sede de Constantinopla por los ortodoxos que sostenían un rudo combate con los arrianos.

Espantáronse los herejes de la llegada de campeón tan valeroso que les combatía con la doctrina, oponiendo al mismo tiempo una humilde pobreza á su ambición fastuosa. Pusieron, pues, en práctica todos los medios para estorbar que se congregaran en una capilla particular los fieles; aun la invadieron con violencia y llevando el insulto hasta el asesinato. Una á una quitaron los fieles las piedras de la pequeña iglesia profanada y la reedificaron á la otra orilla del Bósforo: posteriormente cuando renació la paz, volvieron á llevar del mismo modo aquellas piedras una á una, para reconstruir la capilla á que dieron el nombre de Anastasia, es decir, la resucitada.

Edicto contra los arrianos.—Habiendo sido atacado Teodosio en esta época de una enfermedad grave, quiso hacerse bautizar por el obispo Acolio, cuya fe le inspiraba completa confianza; y á sugestión suya, dió (28 de febrero de 380) un decreto del tenor siguiente: «Es nuestra voluntad que todas las naciones gobernadas por nuestra moderación y nuestra clemencia se adhieran constantemente á la religión que fué enseñada por San Pedro á los romanos: que se ha conservado por tradición fiel, y es profesada actualmente por el pontífice Dámaso y por Pedro, obispo de Alejandría, varón de santidad apostólica. Según la enseñanza de los Apóstoles y la doctrina del Evangelio, creemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una divinidad sola, bajo una magestad igual y una trinidad santa. Autorizamos á los que siguen esta doctrina á tomar título de cristianos católicos; y en atención á que consideramos á los demás como insensatos, á que les notamos con el infame nombre de herejes, prohibimos que sus conventículos usurpen por más tiempo la venerable denominación de iglesias. Además del castigo de la justicia divina, teman las penas severas que nuestra autoridad ha de creer oportuno imponerles, guiándonos la sabiduría celeste (24).

Teodosio recuperó la salud, después de tornar al ejercicio de la guerra, mandó llamar á Demófilo, patriarca arriano de Constantinopla, y dejó á su elección profesar el símbolo de Nicea ó aban-

(24) Cod. Teod., lib. XVII, 1. *Cunctus populus.* Cuéntase que Anfiloquio, obispo de Icona, se presentó un día al emperador, en el momento en que con toda majestad se hallaba sentado en su trono con su hijo Arcadio, á quien acababa de nombrar augusto, y que después de haberse inclinado ante Teodosio, con el respeto que le era debido, saludó á su hijo familiarmente, cual si se tratara de un niño ordinario. Irritado Teodosio, mandó que se arrojara de su presencia á aquel atrevido, y el prelado exclamó entonces: «Del mismo modo expulsará Dios á los que adorando al Padre, niegan al hijo igual homenaje.» Esta parábola discretamente grosera, agradó mucho á Teodosio. SOZOMENES, VIII, 6; TEODORETO, V, 16.

donar su sede; prefirió el segundo partido y se fué á su destierro. Entonces se confiaron á los católicos las cien iglesias, y el emperador condujo personalmente á Gregorio como en triunfo hasta Santa Sofía, donde le colocó sobre la silla arzobispal, sin descuidar hacerse escoltar por guardias con aparato militar [tan temible era la facción arriana].

Segundo concilio ecuménico.—A fin de poner término á aquella división escandalosa, anunció Teodosio la voluntad de separar á los obispos y á los eclesiásticos que se obstinaron en aquel error; y una vez alejados, se estableció la fe ortodoxa en Oriente sin turbulencias ni efusión de sangre. Reunióse entonces el segundo concilio ecuménico en Constantinopla (mayo de 381) para explicarla y confirmarla. Mantuvo íntegro el símbolo de Nicea, dándole solamente más desarrollo en ciertos puntos, á fin de refutar las heregías que á su promulgación habían seguido (25).

El más célebre de los cánones disciplinares de aquel concilio es el que atribuye al obispo de Constantinopla la prerogativa igual al de Roma, teniendo presente la translación de la sede del imperio á Bizancio: como se quiso hacer extensivo á la jurisdicción lo que solo tenía relación con la dignidad, resultaron de aquí grandes escándalos y disputas que no bastaron á conjurar penas corporales ni excomuniones.

Por lo que hace á Gregorio conservó en la sede patriarcal su modestia, no frecuentando el trato de los magnates más que para solicitar su caridad; y cuando el ceremonial le llamaba á la mesa del emperador, le molestaban las numerosas prescripciones de la etiqueta, acostumbrado como estaba á modales sencillos y francos. Fuerte en la ciencia divina y en la profana, combatía á los heterodoxos con sus propias armas, pero siempre tan leal como firme; no tenía ultrajes, ni aspereza con el error, pero tampoco condescendencia. El ser manso, á semejanza de Cristo, es la prueba más cierta de que se combate por él (26).

Salvo á su grey de los castigos que la amenazaban á consecuencia de una sedición. Habiendo congregado al pueblo, después de haberle calmado sin acusarle, alentándole á la esperanza y prometiéndole participar de su suerte, que le infundía lástima, se volvió al gobernador romano enviado para castigar á los delincuentes, y le dijo con severo tono: «Ofrece en homenaje á Dios la bondad, que de todos los dones es el más grato á sus ojos y el que proporciona mayores bienes. Nada te haga renunciar á la piedad y la dulzura, ni la gravedad de los hechos, ni el miedo al emperador, ni la esperanza de más alto destino, ni el orgullo del poder; grangéate la benevolencia celeste para el

(25) Asistieron ciento cincuenta obispos. El símbolo que se acordó entonces es el que se reza ordinariamente en el Santo Sacrificio de la misa.

(26) *Carmine*, p. 737, *Orat.* XLII, 13.

día en que la necesites, haz por Dios lo que Dios hará por tí.»

A pesar de todo no pudo substraerse á la envidia; y viendo que su elección podía ser motivo de zizaña, abdicó voluntariamente. Su grey, á la cual convocó, le oyó revelar las intrigas y la ambición de los obispos impulsados á devolver mal por mal; contestó á las reconvenções de los que le echaban en cara no dar banquetes y no vestirse como los cónsules y los generales: «Adios, exclamaba, iglesia de Atanasia, que recibiste tu nombre de la piedad, trofeo de nuestra común victoria: nueva Silo, donde reposó primeramente el arca santa, después de andar errante por espacio de cuarenta años en el desierto. Adios, templo famoso, nuestra reciente conquista, que llena á la sazón Cristo de tan inmensa muchedumbre; aldea de Jebus, de que hemos hecho otra Jerusalem. Adios, santa morada, segunda en dignidad, que abarcaste los diversos barrios de esta metrópoli y fuiste como el lazo y el punto de reunión de ella. Adios, apóstoles santos, colonia celeste, que me habeis servido de modelo en los combates. Adios, cátedra pontifical, trono envidiado y lleno de peligros, consejo de los pontífices, adorno de las virtudes y de la edad de los sacerdotes. Adios, vosotros todos, ministros del Señor en la santa mesa, que os acercáis á Dios cuando baja entre nosotros. Adios, delicia de los cristianos, coro de nazarenos, dulzura de las salmodias, pia losas veladas, castas vírgenes, mujeres modestas, asambleas de huérfanos y de viudas, pobres que levantáis vuestros ojos hacia Dios y hacia mí. Adios, casas hospitalarias, amigas de Cristo y socorredoras de mi enfermedad. Adios, vosotros que amais mis discursos, multitud diligente, en medio de la cual veía brillar los furtivos estilos que transcribían mis palabras. Adios, barras de esta tribuna, forzadas con tanta frecuencia por el número de los que se precipitaban en tropel para oír mis discursos. Adios, reyes de la tierra, palacios de los reyes, servidores y cortesanos de los reyes, fieles, quiero creerlo así, á vuestros soberanos, pero infieles por lo común á Dios. Aplaudid, elevad al cielo el nuevo orador: queda muda la voz que os desagradaba... Adios, ciudad soberana y amiga de Cristo; este es un testimonio que te rindo, aunque tu celo no sea siempre con arreglo á la ciencia... Acercaos á la verdad; acreditad enmienda por más que parezca tardía. Adios, Oriente y Occidente, por los cuales he peleado y fui oprimido. Pero adios especialmente, vosotros ángeles custodios de esta iglesia, que protegisteis mi presencia y protegeréis mi destierro. Y tú, Santa Trinidad, mi pensamiento y mi gloria, convence y conserva á mi pueblo, compréndate á fin de que yo sepa que crece en virtud y en saber cotidianamente! ¡Hijos míos, guardadme el depósito sagrado; acordaos de mi apedreamiento!»

Gregorio tornó á su laborioso retiro, donde un jardín, un manantial y la sombra de algunos árboles hacían sus delicias. Ayunaba y oraba; una estera

leservía de lecho con una tosca tela por abrigo. Vestido con una sencilla túnica, con los pies desuados, sin fuego, no tenía más compañía que los animales de los campos. Y sin embargo no conseguía dominar enteramente la carne aún en una vejez avanzada; lo cual le inducía á decir que virgen de cuerpo, no podía llamarse tal de pensamiento. Esto es lo que nos enseña en los versos con que amenizaba su soledad, y que consideraba no sólo como un alivio, sino también como una penitencia, atendida la dificultad que experimenta en hacerlos, y el objeto que se proponía de suministrar modelos que oponer á los de los paganos. Murió nonagenario.

Aquellos que comprendan la intención que nos guía al escribir esta historia, no llevarán á mal que nos detengámos en cada uno de los campeones de la verdad y en otros, algo más de lo que acostumbramos respecto de los grandes del siglo y de aquellos á quienes se da el nombre de héroes. ¿Cómo es posible adquirir mejor el conocimiento del hombre, según la época en que viviera, sino escrutando las obras y las ideas de aquellos sencillos y generosos maestros?

San Gregorio de Nisa 330-400—Gregorio de Sebaste, obispo de Nisa, se aplicó con fervor á mantener la unidad católica contra los cismáticos y herejes. Pacificó las iglesias de Palestina y de Arabia, dirigió el segundo concilio ecuménico, y obtuvo el título de Padre de los Padres. De talento menos vasto que su hermano San Basilio y San Gregorio Nacianceno, amaba la soledad y se complacía en las especulaciones filosóficas. Trató del destino, del alma, de la resurrección, á propósito de ciertas dudas que Macrina, su hermana, le sometía con motivo de la resurrección del cuerpo, que le habían ocurrido en ocasión de la muerte de San Basilio.

San Jerónimo, 326-420.—San Jerónimo es en cierto modo el vínculo que une á los orientales y á los occidentales. Hijo de una familia noble de Stridón, en el confin de la Dalmacia, educado en Roma por Donato, comentador de Terencio, y por el retórico Victorino, adquirió los modales y contrajo la corrupción de aquella gran ciudad: disgustado posteriormente de una vida disoluta, concentró en el cristianismo el poderoso ardor que en un principio disipaba en las pasiones. Asiduo al estudio se formó una biblioteca por su propia mano, recorriendo cuando el caso lo requería los países más distantes. Pasando á Oriente oyó las discusiones que agitaban entonces los ánimos, y se retiró al desierto en los confines de la Siria y de la Arabia que era una especie de Tebaida poblada de santos ermitaños. Allí mortificó la carne entre la oración y el estudio de la lengua hebrea y saboreaba los varoniles deleites de la soledad, embellecida, como él decía «por las flores de Cristo, lejos de la ahumada cárcel de las ciudades.»

Sin embargo, aquella vida de ermitaño, estudiosa y penitente, no amortiguaba su imaginación fogosa: «¡Cuántas veces en el desierto, en medio

de aquellas soledades abrasadas por el sol, creí asistir á las delicias de Roma! Sentado á solas, con el aimá inundada de amargura, abatida la carne y sin fuerzas, cubierto con un grosero sayo, con el rostro bronceado como el de un etiope, lloré y gemí todo el día; y si á pesar mío me cogía el sueño, mi cuerpo iba á tropezar sobre la tierra desnuda. Y no obstante yo, que por miedo al infierno me había condenado á aquella cárcel, habitada por serpientes y tigres, me sentía trasladado mentalmente al seno de las danzas de las doncellas romanas. Enjuto el rostro por el ayuno, mi cuerpo estaba abrasado de deseos, y en mis helados miembros, en mi carne, muerta antes de tiempo, se inflamaba el incendio de las pasiones. Privado entonces de socorro me prosternaba á los pies de Cristo, bañándolos con mis lágrimas; más de una vez pasé todo el día y toda la noche dándome golpes de pecho, hasta que Dios daba paz á mi alma. Hasta el asilo de mi celda me inspiraba espanto, pareciéndome cómplice de mis pensamientos. Irritado contra mí mismo me engolfaba en el desierto, y me prosternaba en oración donde veía un valle más profundo, una roca más escarpada. Frecuentemente, y á Dios pongo por testigo, después de haber vertido lágrimas abundantes, después de haber levantado por largo espacio mis ojos al cielo, me hallaba trasladado al coro de los ángeles, y exclamaba: ¡Subimos hacia ti atraídos por el incienso de la oración!»

Abandonando Jerónimo aquel retiro, tan poco adecuado á su actividad, se trasladó á Antioquia donde fué ordenado sacerdote contra su gusto, por Paulino, y desde allí Constantinopla. Aunque tenía ya cincuenta años, se hizo discípulo de Gregorio Nacianceno en la exegesis sagrada, y tradujo al latín muchas obras. En Roma, á donde se encaminó luego, le empleó el papa Dámaso en diversos asuntos, con especialidad en trabajos literarios y en la revisión de la Biblia latina. Trabajó amistad con piadosas matronas dignas de ocupar un lugar en la historia. Melania, dama romana de sangre ilustre, habiendo perdido á su esposo y á dos de sus hijos, había dejado el tercero, de edad muy tierna, para ir á Egipto á visitar á los anacoretas. Había suministrado generosos socorros á los fieles perseguidos por los arrianos, dándoles asilo en su fuga, y vistiéndose de esclava para darles alimento y consolarles en sus calabozos. Marcela, también viuda, se había retirado á una quinta para abrazar en todo su rigor la vida monástica con Principia, su hija. Asela y Alina, suegra y madre de Marcela, no le cedían en virtudes. Paula, dama de una antiquísima familia (27) con sus dos hijas Eustoquia y

(27) Aunque San Jerónimo muestra su desprecio á distinciones por nacimiento, dice no obstante que esta descendía por parte de padre de Agamemnon, por parte de madre de los Gracos, y que se casó con un descendiente de Eneas y de Julio.

Blesila, se distinguía por su mayor piedad, y prodigaba abundantes socorros á los pobres y á los enfermos. Estas mujeres se sometían al dominio del alma violenta de Jerónimo, el cual bien diferente de aquellos directores espirituales que en otros tiempos pretendían armonizar la religión con las intrigas y el libertinaje, era el consejero de aquellas mujeres piadosas, así como de Leta y Fabiola, y de otras conciencias hondamente convencidas, lanzándose á las más austeras virtudes, protestando con sus obras contra toda debilidad y socorriendo las miserias de un siglo en que había tantas.

Leta, que tenía por padre al pontífice de los dioses, Albino, consultaba al santo sobre la educación de su hija todavía niña, y Jerónimo le dijo que aprendiera á echarse en brazos de su abuelo cantando el aleluya, á fin de que el anciano pontífice, sonriendo á aquel seucillo canto se hallara preparado á la conversión. «Es ya un candidato de la fé el que se halla rodeado de una multitud cristiana de hijos y de nietos. El hombre no nace cristiano, llega á serlo. El Capitolio cubierto de oro se empañó bajo el polvo; la araña cubre con sus telas los templos de Roma; la ciudad sale de sus cimientos; oleadas de pueblo pasan por delante de los edificios derribados, consagrados en otro tiempo á los dioses, dirigiéndose á los sepulcros de los mártires.» (28) San Jerónimo tenía el presentimiento del porvenir que se acercaba, y comprendía los medios de acelerarlo.

La facción pagana y los herejes dirigieron ataques de toda especie contra un enemigo tan formidable. Apasionado de la verdad, enseñaba que la salud de la Iglesia depende de un sumo pontífice; y que si á éste no se da un poder superior á los demás, habría en la Iglesia tantos cismas como obispos. Y previniendo errores modernos decía: «Permaneced en la Iglesia fundada por los Apóstoles, y hasta ahora subsistente. Si oís á algunos designados, no con el nombre de Jesucristo, sino con algún otro, sabed que no son la Iglesia de Cristo, y el ser instituidos posteriormente convence que son de aquellos, cuya venida predijo el Apóstol. Y no os engañe el parecer que se apoyan en las Escrituras; porque también el demonio dijo cosas conformes con la Escritura, y no basta leer esta, sino que es preciso entenderla. No siguiendo más que la letra también podríamos nosotros formar un nuevo dogma y pretender que no fueran recibidos en la Iglesia más que los que estuviesen calzados y tuvieran dos túnicas.» (29)

San Jerónimo, humilde en presencia de Dios, soberbio en presencia de los hombres, castiga coléricamente cuantos vicios encuentra, sin perdonar á los indignos ministros de la religión, desenmascarando á aquellos para quienes el diaconado y el sacerdocio no habían sido más que un medio de

tratar más libremente con las mujeres, y que se complacían en presentarse elegantemente vestidos, con los cabellos rizados y perfumados, con los dedos cargados de anillos, andando de puntillas, insinuándose en las casas y solicitando regalos y testamentos (30). Irritados en contra suya aquellos intrigantes se pusieron á perseguir al santo, cuya amistad espiritual calumniaron: su encarnizamiento fué llevado hasta tal punto, que se decidió á abandonar á Roma, aunque demostró su inocencia ante los magistrados, y regresó á Oriente. Allí fué seguido por Eustoquia, por Paula y por otras damas, con las cuales se dirigió á Alejandría, donde las prácticas de la religión no le impidieron ir á escuchar el gramático Didimo; y después de admirar á los anacoretas de Nitria, tornó á fijarse en la Palestina, recorriendo paso á paso los lugares para comprender mejor las Escrituras, como aquel que visitó desde la Troade á la Sicilia para más fácilmente entender el libro III de la Eneida.

Paula, que en todo el viaje había recibido los honores de su posición, se fijó en Belén, á donde acudían los cristianos de todas partes, sin distinción de grado ni riqueza, y mirando como el primero al que se tenía por el último, dirigió un monasterio de mujeres, y Jerónimo otro de hombres. Este, afanoso mártir de sí mismo, trabajaba hasta el punto de escribir mil renglones por día, y aún le quedaba tiempo para explicar la Biblia á sus anacoretas, para enseñar á los niños los primeros elementos de la lectura, y leer á hurtadillas aquellos autores paganos que habían encantado sus mocedades.

¡Cuánto le agradaba aquella soledad campestre y devota, en contraste con el tumulto de Roma en que residían la ambición y la grandeza, el deseo de ver y de ser visto, de saludar y de ser saludado, de oír y de esparcir noticias, la ingrata necesidad de ver tanta gente, que si no las recibes, serás tachado de orgullo, y si las recibes te arrastran á la disipación; y donde para devolver visitas era preciso ir á espléndidas puertas y atravesar por entre una turba de criados murmuradores! Grandes obispos, sencillos fieles y humildes mujeres recurrían á San Jerónimo: ya Esuperio, obispo de Tolosa, le escribía deplorando los males de la Galia; ya Edibia de Bayeux, le dirige doce cuestiones para que las resuelva, ya Algasia, de Cahors, once sobre algunos pasajes de la Biblia, ó sobre la manera de conducirse en ciertos casos: ya llega un sacerdote desde el corazón de la Bretaña hasta Palestina, para llevarle una carta y volver á partir con la respuesta.

Habiendo penetrado en el retiro de Jerónimo una banda de semi pelagianos, prendió fuego á las tranquilas celdas de los monjes y de las hermanas, y el santo pudo escaparse con gran peligro. Poco tiempo después murió nonagenario.

(28) *De instit. filie.*(29) *Miscelaneas*, pág. 221 y 269.(30) *Ep. ad. Eustoch.*, XXII.

Rufino.—Tuvo grandes disputas con Rufino su antiguo amigo. Las doctrinas de Orígenes se habían difundido grandemente por el Oriente y más aún su severidad ascética, abrazada por los innumerables solitarios del Egipto y de Siria. Cuando las desventuras públicas extendieron también por el Occidente la austeridad monástica, fueron muchos los que desde esta parte marcharon á Oriente para admirarla y seguirla. Entre estos la romana Melania, de quien ya hemos hecho mención, descendiente de una de aquellas casas patricias, las cuales, habiendo perdido todo poder político conservaban régias riquezas, se estableció en Jerusalén y acogió á cuantos en el espacio de treinta años acudieron á venerar los Santos Lugares. Con ella se había unido en amistad espiritual Rufino, sacerdote de Aquilea, que en las conversaciones con solitarios de Nitria se había hecho admirador de Orígenes, admiración de que también participaba su amigo Jerónimo: de suerte que Jerusalén poblada de estos fervientes é ingeniosos prosélitos, vino á ser el centro del origenismo. Sin embargo, Jerónimo echó de ver muy luego lo peligroso de las doctrinas que tanto había alabado, y separándose de Rufino comenzó con él una discusión en que no siempre se conservó la decencia: humana debilidad digna de ser lamentada y compadecida.

Rufino, á quien Jerónimo dirige viles injurias tomadas de Persio y Juvenal, nos es presentado muy de otro modo por los grandes hombres de entonces, aun por los mismos pontífices; y el *Comentario sobre algunos profetas menores* redundaba en alabanza suya tanto por que, ateniéndose al sentido literal, da la más recta explicación, cuanto por la laudable moderación que manifiesta hacia Jerónimo. Queriendo demostrar que Orígenes había sido un grandé hombre y al mismo tiempo que no aprobaba sus errores, tradujo Rufino su *Peri archon* (pág. 268), pero modificando sus proposiciones hasta ponerlas de acuerdo con las decisiones canónicas. Con no poco ingenio ponía en el prefacio el asentimiento de San Jerónimo, el cual no pudiendo negarlo, lo tergiversó todo excusándose y desaprobando al traductor y al autor; y para demostrar los errores de éste, hizo del libro una nueva traducción conservando íntegros en ella los pasajes condenados: empresa que todos reputaron peligrosa por el escándalo que causaba.

La Iglesia quedó gravemente turbada con esta discusión que amenazaba convertirse en un cisma entre la occidental activa y apegada á la autoridad y la oriental devota y razonadora. Teófilo, patriarca de Alejandría, antiguo partidario de Orígenes, reprobó categóricamente las doctrinas de éste, y principalmente estos nuevos puntos: que el reino de Cristo debe terminar: que los demonios se salvarán: que los elegidos pueden caer: que Cristo padeció también por los condenados: que los cuerpos después de la resurrección serán otra vez mortales: que se debe rogar al Padre, no al Hijo: que al fin los cuerpos se transformarán en espíritu: que

la magia no es condenable: que la materia es un efecto del pecado.

Fué divulgada esta carta en Occidente por Jerónimo; y Melania se hizo acusadora de su amigo Rufino, el cual fué excluido de la comunión por el papa. Pero más aún que de estos errores tratábase de la lucha entre el cristianismo mundano del Occidente y el de los anacoretas orientales. Este último encontró un poderoso sostenedor en Juan Crisóstomo, nuevo patriarca de Constantinopla. Los dos patriarcas lucharon entre sí, como veremos, en términos que la Iglesia de San Pedro, sostenedora de San Juan Crisóstomo, quedó dividida por algún tiempo de la de San Marcos; y en medio de estas disensiones Roma pereció y murieron los campeones de aquella lucha. Habían nacido por entonces las cuestiones de la Gracia, que parecieron más inmediatamente importantes á la salvación de los fieles que no las del origen de las almas, aunque los origenistas habían visto ya que semejante problema implicaba el del sistema general del universo y podía suscitar dudas acerca de la persona del Creador y sobre la suprema misericordia, mientras en el libre albedrío de las criaturas no se encontrase el motivo de las miserias humanas. Sobre todo esto debía la iglesia pronunciar posteriormente su fallo, pero por entonces el gran proceso quedó en suspenso.

Los trabajos más importantes de San Jerónimo son de crítica sagrada. El papa Dámaso le dió la comisión de someter á examen la versión itálica de los Evangelios, reputada por la más fiel, pero corrompida por interpolaciones y alteraciones. El que poseía una copia del Evangelio solía añadirle al margen las variantes que encontraba en otra y á veces también sencillas tradiciones orales ó interpretaciones. Algún amanuense posterior, distinguiendo mal el texto primitivo de las adiciones, lo copió todo junto, de modo que según la expresión de San Jerónimo habían resultado, no cuatro Evangelios, sino cuatro concordias de los Evangelios. Añádase á esto la ineptitud de algún copista y la presunción de otros que querían corregir por su propia autoridad la versión, por lo cual no poco había perdido de su primitiva forma el sagrado código.

Dedicado á purgarle, acudió Jerónimo ante todo á los textos griegos más antiguos, quizá hasta los de Pánfilo y Orígenes, pero no tuvo valor para enmendar todos los pasajes que la comparación le hacía ver que estaban corrompidos; de modo que algunas veces el comentario no corresponde á la revisión. Corrigió también el Salterio, el libro de Job y otros que se han perdido. Trató después de hacer una nueva versión del Antiguo Testamento, no ya sobre el texto de los LXX, sino sobre el original. Muy versado en la crítica, pacientísimo en el trabajo, era más propio que otro cualquiera para esta ocupación; y por espacio de quince años se dedicó á ella, siguiendo tan fielmente el texto, que introdujo en la lengua muchos modismos he-